

EL AIKIDO EN UNA MISION DE PAZ...

“Una misión de Paz, no es una misión para un soldado, pero solo un soldado puede realizarla”...

INTRODUCCION:

La finalidad del presente artículo es contar mis experiencias en la difusión del Aikido en la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Haití. En esta caso el BCA V (Batallón Argentino Conjunto V) durante el mes de agosto del 2006 a febrero del 2007.

Me encontraba a días de haber rendido mi examen de Shodan (primer grado japonés de cinturón negro -1º dan-) y con la confirmación de un traslado a un nuevo lugar de trabajo, de repente todo lo que conocía en mi antiguo destino ya no existía mas, mi Dojo (centro de práctica), mis compañeros de practica, mis amigos y mi maestro pasaron ser unos de mis mejores recuerdos de mi vida, ahora me encontraba en un lugar diferente, nuevo; sin duda había llegado ese momento que durante nueve años me había negado que llegaría.

DESARROLLO:



Al presentarme a mi nueva Unidad, mi Jefe me adelanta que existían muchas posibilidades que me movilicen a Haití con una Sección de Ingenieros de la Compañía. Al poco tiempo se confirmaría la lista del personal y ahí estábamos pronto a embarcar.

En el transcurso de ese poco tiempo yo ya había comenzado a impartir clases en el GEP (Grupo Especial Policial de La Pampa) y a mis compañeros de la Unidad, los mismos que afortunadamente me acompañarían a la Misión.

A la hora de partir había embalado mi bōkken (sable de madera), si bien no sabíamos con que situación real nos íbamos a encontrar, me había propuesto no dejar de practicar sin importarme la circunstancias, así sea en forma individual, aunque mantenía la ilusión de continuar la practica con mi grupo.



Cuando llegamos a Haití nos dimos cuenta que si bien uno siempre se prepara para lo peor, las cosas estaban peor de lo que esperábamos, la situación era realmente mala y nuestra zona de responsabilidad dentro de la isla no era la mejor pero no voy a entrar en esos detalles. Lo que si a la semana de misión me di cuenta que era imposible volver a juntar el grupo de práctica con el que habíamos salido del país.



Así fue que presenté la propuesta y solicité un lugar a mi Jefe de Batallón para iniciar la práctica de Aikido (palabra para muchos desconocida) en la base, éste sin ningún problema me autorizó a llevar adelante mi proyecto. Se da la noticia que se comenzaría a impartir clases de Aikido en el Batallón y en una carpa se armó un tatami con colchonetas de campaña y una lona.



El grupo que se conformó en su momento era muy numeroso y con muy buena predisposición en su apreciado tiempo de descanso trabajaron en el Dôjô “de campaña”. De esta manera se iniciaron las clases diarias que se dan con total regularidad salvo cuando hay algún tipo de “trabajo especial”.



Mi experiencia en didáctica era basta ya que a temprana edad, en el Ejército uno comienza a desempeñarse como instructor y educador pero esto era muy diferente, si bien en Sensu Dôjô (Ubicado en la Pcia. de Neuquén. Afiliado a la Asoc. Dôjô Kobukan en Bs. As.) había estado al frente de algunas clases, gracias a la buena predisposición de mi maestro (Carlos Colombino), esto era realmente todo un desafío para mí, ya que lo que quería transmitir era muy importante para mí y me preocupaba de sobremanera que se mal interpretara lo que realmente significaba para mí el Aikido.

Así fue que me remonté a mis comienzos; yo había comenzado a practicar Artes Marciales a los nueve años de edad y a los trece ya estaba en el Ejército, siempre las Artes Marciales para mí no eran otra cosa que una herramienta para convertirme en un mejor Soldado, mi prioridad era dejar fuera de combate a mi adversario



sin importar como, de una forma rápida y sencilla para continuar con el siguiente. Esto me llevó a incursionar en muchas disciplinas distintas, hasta que encontré el Aikido que me atrapó desde un principio, pero fue en el comienzo que recibí mi primer “balde de agua fría” cuando escuché a mi Instructor que me dijo: “Damián debes cuidar a tu adversario”, ¡¡¡qué!!! Eso era inaceptable, ¿cuidar a mi enemigo?, ¿porqué proteger a quien me ataca? ¿Qué sentido tenía eso?, evidentemente el Aikido no era para mí, pero había algo más, no podía dejar de practicar, me sentía muy mal cuando por algunas causas no asistía a clase. Así que durante mis caminatas de regreso a mi casa después de clases pensaba mucho

sobre el tema de “proteger a mi enemigo” ¡que loco! Con el tiempo creo creer que comprendí.

Pero acá las cosas eran algo diferente; todos mis alumnos eran soldados y marinos que habían pasado un duro entrenamiento para estar donde estaban, las reglas de empeñamiento contemplaban el uso letal de la fuerza y Haití es una zona muy caliente.

¿Cómo humanizar un grupo así?, ¿Cómo crear la armonía y la paz que sentía cada vez que ingresaba o terminaba una clase en el país? Si después de la clase o antes había que colocarse el casco, el chaleco antibalas y salir a patrullar. Todos estos interrogantes me daba vuelta por la cabeza, a esto se le agregaba que todos encontramos jerarquizado y convivíamos en una misma Base. Ser instructor, jefe y compañero a la vez no es sencillo, uno puede llegar a guiar, ordenar y aconsejar en forma correcta cuando se está fuera de la situación para ver las cosas con mas claridad pero cuando uno posee los mismos conflictos personales y profesionales que el resto tomar carta en el asunto se complica un poco.



Para comenzar con las clases lo primero que hice fue no permitir el uso de grado y jerarquías militares en el tatami (colchoneta), luego comencé a utilizar los nombres propios y sobrenombres de los participantes y ese fue el primer filtro para algunos que inconscientemente ya no se sintieron cómodos con la familiaridad, luego durante y después de cada clase fui exponiendo algunos conceptos filosóficos del Arte y ese fue el segundo gran filtro ya que los mas jóvenes no pudieron entender ni dejar de lado la agresividad y la violencia de su carácter ya muy arraigada en nuestra formación.



Así que el grupo finalmente quedó consolidado con personal en su mayoría suboficiales antiguos que rápidamente se interesaron en la parte espiritual, y personal que ya tenía

conocimientos previos en otras disciplinas. Inmediatamente comenzaron a indagar en Internet y con preguntas de todo tipo referido al Aikido.

Con respecto a la etiqueta no hubo mayor inconveniente ya que el aspecto ceremonial todos lo tenemos muy incorporado así que se adaptaron sin problema.

En la parte técnica en lo que se innovó fue el uso del fusil con una fuerte base en el manejo del Jo (bastón mediano japonés) y el uso del correaje táctico para el empleo de proyecciones y shime (retención física).

En lo que a social se refiere todos los viernes por la noche el grupo se reúne a cenar y ver una película (de artes marciales por supuesto) y nos quedamos conversando de cualquier tema, aunque siempre se termina hablando de Aikido cosa que para mi es muy grato y a ellos también les gusta mucho.



CONCLUSIONES:

En estos días ya hemos cumplido con 90 días de misión, o sea la mitad, tal vez sea muy temprano para hacer una conclusión final pero lo que puedo decir que después de mantenernos a salvo y con buena salud es una de las mas grandes satisfacciones que he tenido en mi vida; el hecho que a determinado horario del día un grupo de personas de distintas edades, fuerza y forma de pensar dejen sus armamentos, equipo y actividades diarias para disponerse a la practica, es grandioso.

El grupo humano que se formó en la práctica es excelente y muy sólido pienso que al regresar al país nadie va a olvidar estos 180 días, que seguramente para mejor o peor ya no volvamos siendo las mismas personas que partimos hacia acá pero también estoy seguro que esta posibilidad es un gran desafío y una gran satisfacción poder difundir el Aikido tan lejos de mi país con un grupo de gente tan particular y que a todos esto contribuye a ser mejores personas cada día en estas circunstancias tan difíciles.



Damián Ariel Rosatti (2º Dan Aikikai instructor de Aikidô de la Asociación Dôjô Kobukan)